

no”; luego “la repulsión enérgica y serena de Berlinguez”;—“la intervención oportuna de la policía”;—“la ovación del pueblo al agredido vencedor”;—la conducción de éste a su domicilio por el Sr. Inspector General y la del ebrio a la comisaría, por los gendarmes;—su consiguiente ingreso á la cárcel etc.,—y terminaba:

“Nos felicitamos y felicitamos sinceramente a la Sociedad y a la policía de México por el fracaso de esta agresión homicida que estuvo a punto de herir de muerte a una ilustre familia en la persona de uno de sus más preciados miembros, y sumir en la desolación a una madre tiernísima, modelo de virtudes. . . .”

Esto lo leía Colindres en la mañana siguiente al suceso, apoyado en el barandal del pasillo de comunicación entre las oficinas, a unos dos metros sobre el patio de la 5ª. Lo leía en voz alta a cierto cofrade envidioso de su *triunfo*.

Debajo, Arnulfo Arroyo tomaba el sol en cucullas. Había pasado la noche en un inmundo *separo* y esperaba allí, con otros presos, el momento de partir a Belén por “ebrio insubordinado, faltoso á la policía”.

Su estado de suma debilidad (ni un bocado en las últimas veinticuatro horas) no le impidió seguir con interés la lectura. Al terminarse ésta, dejó oír un gruñido de bestia enferma y acosada. Cerró los puños, e impotente, no logró lanzar más que “trompadas” ideales.



XIII.

ELVIRA RESENDIS ARRANCA EN VERSO.

Dejamos a Elvira haciendo llamadas de socorro, náufraga solitaria encallada en la Casa de las cariátides.

Nadie fué á salvarla. Pedro Flon anduvo lejos todo el día. Atormentado por el remordimiento de haber llegado tarde para salvar a Milanés, aplazó para otro día las escalas salvadoras. Fray José no servía para el caso. Apenas si de vez en cuando osaba asomar la cabeza por la balastrada y, como divisara la falda de Elvira, se retiraba escandalizado, con algo del correr de su bíblico homónimo ante la señora Putifar.

La tarde lluviosa obligó a la histérica a recluirse. En la soledad del cuartito, acostada sin desvestirse, se sintió sacudida por la tensión eléc-

Capítulo XLV
ELVIRA RESENDIS
ARRANCA EN VERSO
D. A. N. O. 1911

trica que tronaba fuera Cuando las nubes descargadas de fluido se deshicieron en tupida lluvia, la calma sucedió a la tensión en su espíritu saltarín. . . . Era el momento de pensar. Los hay en que una almita bullanguera se ve obligada a reflexionar, siquiera sea en la inutilidad de su propia existencia.

Cerca de la puerta apareció Tomasa, sentada en el suelo, remendando una enagua encarnada. De pronto, interrumpió su tarea para vigilar el brasero en que borboteaba una cazuela de arroz, y regresó a su enagua. Elvira observó este ir y volver de la india con un desprecio mezclado de extraña admiración. "Ahí está una que cose y cuece, va de la aguja a las cazuelas como si tal cosa! . . ." Ella no cocía ni con *c* ni con *s*. Se lo impedía su "instrucción". ¿Cómo coserse ella misma el sietecito de una media con aquellas sus manos dactilógrafas? ¿Ni cómo bajarse hasta una tortilla de huevos, ella, cuyo pensar flotaba en las místicas excelcitudes?

Fué su padre, Toribio Resendis, místico ferviente en la senectud, quien la encumbró desde niña a tales alturas, incompatibles con el arte de sazonar y dar el punto. Se acordó de aquel viernes santo en que, alcanzando apenas al bra-

sero, preparaba, dirigida por complaciente maritornes, unas empanadas de vigilia. Bruscamente, Don Toribio hizo irrupción y la apostrofó en lenguaje inspirado por santa ira:

—Hija, ya se corrió el velo del templo, ya va a morir el señor. . . . y tú allí, entregada a profanidades!

Era el tiempo en que la devoción de Don Toribio comenzaba a resentirse del alcoholismo reñidor del abuelo Don Jacobo. Poco después cayó su padre en la contemplación seráfica de los deprimidos, hasta morir en breve. La madre de Elvira, D^a Cipriana, que tenía sus horas de *liberal*, tiró de ella con dirección al modernismo: masticación de idiomas, paladeo de contabilidad, atragantamiento de ciencia, indigestión de literatura. . . . todo muy bien, pero sin que lograra asimilarse la Ortografía.—Como postre, algo de artes mecánicas reducidas al tecleo de modernos clavicordios con o sin música.

No tardó mucho D^a Cipriana en irse a la tumba tras de Don Toribio. Elvira se quedó sola a los quince cumplidos, bajo la tutela interesada de un hermano que acabó por echarla a la calle cuando, con todas las formalidades legales, hubo reducido su haber hereditario á mísera rentita mensual.

CAPITULO XI
ELVIRA Y TORIBIO
LA ENAGUA ENCARNADA

Y sucedió que, en virtud de las prolongadas influencias paterna y materna, la joven se echó a nadar en lo revuelto; de los 18 a los 23 en que la encontramos, rodó de las sacristías, conventículos y corredores arzobispales a las antesalas de bufetes y despachos curiales. Vivía, era su expresión, de *teniditas*, tan pronto bregando con un ruedo de chiquillos en una escuela laica como colectando limosnas para *obras pías*. Y resultaban en su labor diaria contrastes peregrinos como el de cierto día en que por la mañana ponía en máquina las “posiciones” de un *coyote* (leguleyo) contra un chalán, por la venta como bueno de un caballo emballestado, mientras que, por la tarde, en el locutorio de sagrado publicista, manuscibía para la imprenta una colección de pensamientos, consejos y oraciones intitulada: “Herbolario de yerbas místicas para alimento de las almas en gracia, después de la comunión. . . .”

La voz aguda de Tomasa vino a turbar su rato de concentración, lleno de estos recuerdos.

—Dígame, Doña Elvirita ¿y qué era suyo el señor que se fué a morir a la Comisaría de Zarco?

—Nada!

El sobresalto que le produjo aquella interro-

gación debilitaba su negación rotunda, lanzada instintivamente, al propio tiempo que la joven echaba fuera del catre su pie torcido. *Algo* tenía ella que ser de aquel muerto que ya empezaba a estimular la chismografía en los barrios de San Hipólito y San Diego.

Elvira se levantó, y cojeando, se acercó a Tomasa. Pasada la tormenta, la noche se anunciaba con la oscuridad creciente en piezas y pasillos. La imagen evocada del muerto, su cárdeno semblante de espumosa boca, se dibujaron en la sombra, ante la mirada visionaria de la histérica. Inquieta, propuso:

—Vámonos afuera!

Espérese, niña; no más voy a sacar mi pulquito.

Pronto se armó Tomasa de un jarro lleno del blanco licor. Juntas salieron al patio, asida la joven del brazo libre de la cocinera que contaba horrores. “El muerto aquél debía ser un curita de Tlalnepantla. El día en que murió vino á ver a Don Eduardo, *ya tomado*. Salió a beber más, tambaleando”.

—“Cállese por Dios, D^a Tomasa, que lo veo!” exclamó la histérica; y con la volubilidad propia de su neurosis, al encontrarse en el patio, cerca de las cúpulas, frente a la nave, por cuya ven-

CAPÍTULO XLII
EL MUERTO
D. A. N. P. V. I. T. A.

tana escapábase rumor de rezos, bajo un cielo de suave claridad en que ascendía la luna, sintió removérsele el misticismo romántico, mezcló oraciones y trozos líricos.

Próxima a la genuflexión, mal sentada en un banco de palo, saltó primero con famosa décima, tesoro de ripios:

Bendita sea tu pureza
y eternamente lo sea,
pues todo un Dios se recrea
en tan graciosa belleza.
A tí, celestial princesa
.....

—“Santa María, madre de Dios....” interrumpió Tomasa creyendo que se le venía encima un rosario de cinco. Pero Elvira le cortó el *Ave* con pedazos de Santa Teresa.

Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida espero
Que muero, porque no muero.
.....

Ven, muerte, tan escondida
Que no te sienta venir,
Porque el placer de morir
No me vuelva a dar la vida.

—Ay, niña! exclamó la de Apam llevándose

el jarro a la boca. Porque era legítima de los llanos de Apam, la azteca maritornes.

Con los brazos cruzados sobre el pecho, la boca entreabierta por reprimido bostezo y aquel aire vengador que le había quedado tras de la muerte del desconocido, ¿no parecía Elvira la Némesis teocrática aprestándose a herir en la oración?.... Sin embargo, su mirada no se perdía en la profundidad celeste. Iba a la balaustrada, tras de la cual, en un rayo de luna, le pareció distinguir la silueta de Fray José. Su seno se agitó con un suspiro que nada tenía de místico. Pasó de la poesía religiosa a la profana, al arbitrio de la onda neurótica que la estremecía. Echóse a pizcar en sus recuerdos líricos, y cayó sobre Espronceda en su canto a Teresa.....

Una mujer! En el templado rayo
De la pálida luna se colora,
Sobre las cumbres que florece Mayo
Brilla fugaz al despuntar la aurora....

Extendió los brazos, aquellos sus brazos trémulos, envueltos en mangas campanudas, que remedaban alas batiendo en dirección a los balaustres.

—Ay, niña!.... repitió Tomasa sacudiendo la modorra agávida que comenzaba. Y acurru-

CRISTINA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. U.

cada cerca de Elvira, pensando en un nuevo “ataque,” ideó levantarse para auxiliarla. Pero solo acertó a empuñar de nuevo el jarro y beber boca arriba como si todos sus ascendientes chupadores de maguey absorviesen por su boca.

Elvira siguió saltando por las octavas reales:

Una mujer! deslízase en el cielo,
Allá en la noche desprendida estrella....

(A falta de estrella móvil, el brazo trémulo señaló una fija).

Si aroma el aire recogió en el suelo
Es el aroma que le presta ella;
Blanca es la nube que en callado vuelo....

(No habiendo por el momento blanca nube que volara, la manga campanuda sólo pudo tenderse hacia un nubarrón inquieto).

Cruza el azul y que su planta huella
Y en la tarde la mar olas le ofrece
De plata y de zafir donde se mece....

Del lado de la puerta, murmullos interiores vinieron a mezclarse con el recitado. Don Eduardo y Cándido, en acecho, asistieron desde la escalinata a una parte del monólogo.

—Está loca rematada, dijo el Inspector....

Necesito ver cómo la meto mañana a la Canoa —y se estiró el bigote.

—Lo peor del cuento, observó Cándido, es que está volviendo como ella a Doña Tomasa la cocinera. *Ya era* de que estuviese *dándole* a la cena.

Entretanto, Elvira volvía a la carga contra Santa Teresa. Abriendo la puerta de su celda a las tentaciones de abajo, Fray José se asomó por entre dos balaustres. En su delirio, la joven parodió a la de Jesús....

No me basta, mi bien, para quererte
El cielo que me tienes prometido....

—“Santa María, madre de Dios,” repitió la india; y despierta un momento, hundiéndose de nuevo en el sueño con una cabezada.

Sobrevino Cándido rugiendo:

—Tomasa! se le quema el arroz!

Capitula a los 17 años
D. A. N. 11